





SIEGA Y VIENTO



Pascual Fernández Espín

SIEGA Y VIENTO



Primera edición: enero 2019

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Pascual Fernández Espín

ISBN: 978-84-17548-94-0

ISBN digital: 978-84-17548-95-7

Depósito legal: M-42195-2018

Editorial Adarve

C/ Marcenado, 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Allá arriba, para José Antonio y Águeda,
Origen de mi existencia*



NOTA DEL AUTOR

Los personajes, parajes o hechos que aparecen en esta obra es fruto de la imaginación del autor, cualquier parecido con la realidad, presente o pasada, puede ser fruto de su propia figuración, querido lector o lectora.



PRÓLOGO

No resulta fácil adentrarse en la mar oscura de componer un prólogo si, como resulta de tanto en vez, el texto al que uno debe referirse no atesora un mínimo de calidad literaria. En esos casos se vuelve la empresa tan tediosa que quizá hubiera sido más aconsejable escribir la obra de nuevo antes de prologarla. Sin embargo, en otras ocasiones, al deleite de la lectura se suma el placer de poder añadirle unas líneas a modo de homenaje y reconocimiento a su autor.

Este es el caso que nos ocupa pues la obra de Pascual Fernández Espín atesora las principales características que adornan la producción de un buen escritor, entre ellas el tempo, la amenidad, la sorpresa... Todo un engranaje que, una vez concluido, permita que la obra funcione como una máquina literaria perfecta. No hay otro secreto para alcanzar al lector y atrapar su interés.

Pascual nos propone una historia vibrante, como los retratos que de sus personajes no presentan y que, en más de una página, evocan recuerdos, conductas y pareceres que el lector, desde luego, hará suyos. El reflejo de la experiencia personal de Pascual, quien ya atesora una extensa producción literaria, en cuanto nos propone en esta obra resulta patente y, en más de una ocasión, hay que preguntarse si realmente no tenemos ante nosotros, más que al autor, a uno los protagonistas.

Quienes se adentren en estas páginas podrán disfrutar de un auténtico retablo surcado por hombres y mujeres de la tierra, en gran medida afeerrados a ella aunque deseando escapar, atribulados por las pasiones unas veces, otras por los sentimientos encontrados y siempre con personalidades contrapuestas que allanan el camino a lo largo de la trama. Bondad y maldad, poder y sumisión, miseria y opulencia... Una constante dualidad atraviesa como un rayo la obra y sitúa a sus protagonistas a un lado u

otro, sin remisión, aunque con la esperanza intacta de poder huir de un pasado que, a cada recodo y página, les persigue.

Provista de diálogos ágiles y bien estructurados, la novela ofrecerá al lector bien avisado dos mundos contrapuestos y bien definidos, con sus propios personajes y querencias, tan cercanos uno del otro como separados en la inmensidad del relato. Poco a poco, la trama se desgrana en una catarata de sentimientos que se entrelazan hasta evidenciar en algunos extremos imágenes de sociedades que creímos olvidadas y que Pascual recupera y actualiza para deleite de quienes lo lean.

En este mundo globalizado, aunque poco a poco más «glocalizado» al modo unamuniano, es agradable encontrar un texto que revise otras costumbres, en algunos casos olvidadas, y las tamice con una sincera aportación de elementos que las dota de esa actualidad inquietante. Las páginas de la obra, como el titular ya adelanta, son un curioso viento, cuando no una ventolera de protagonistas que se debaten entre toda suerte de inclinaciones y apetencias, pero con un destino común e infranqueable, por más que lo intenten.

Resulta para mí un placer recomendar la lectura del libro que tienen entre sus manos porque, de entrada, permitirá al lector degustar de unos perfiles que le causarán tanto interés como sorpresa, unas situaciones que Pascual resuelve con giros inesperados y, en fin, todo un universo cuajado de estampas de un lugar, acaso llamado Bullas por donde nació mi querido amigo, hacia el que uno siente el irresistible deseo de viajar.

ANTONIO BOTÍAS SAUS

—Licenciado en periodismo y medios audiovisuales por la UCM 1988-2002 (Universidad Católica de San Antonio, (Murcia).

—Estudió Derecho en la Universidad de Murcia (1993-1998).

—Escritor y Cronista Oficial de Murcia (Noviembre, 2013).

—Redactor del Periódico La Verdad, Grupo Vocento desde 1998 (Murcia)

—Profesor en al UCM de Redacción Periodística y Práctica 2009 (2 años)

- Profesor de redacción Periodística y Practicum (2009-2012).
 - Director de Proyectos y Programas ayuntamiento de Murcia. (2007-2015)
 - Redactor locutor de la Cadena SER (1998-1999).
 - Colaborador habitual en distintos medios de comunicación, (Radio y Tv)
 - Premio Patrimonio Cultural de Murcia 2018.
 - Premio Divulgación Patrimonio de Murcia, 2018.
- Hasta diecisiete veces nombrado pregonero de distintas fiestas y eventos en la Comunidad de Murcia.



CAPÍTULO I

Conforme despuntaba la luminosidad de la alborada, encendida de presagios y silencios crecidos al amparo de la noche, su fuego emergente parecía prender la parte alta del monte mientras en la llanura y las cañadas huían las húmedas sombras de la madrugada.

Era paradójico el contraste que se daba en la región por esas fechas, en verano, que ya se encontraba bastante adentrado en su estación, raro era el nacimiento de una nueva jornada en que la neblina, como delicado papel de regalo, no envolviese todos los relieves del horizonte, teniendo que emplearse a fondo los rayos solares para desalojar a la intrusa de sus pertenencias. Muchas eran las madrugadas en que se repetía el mismo fenómeno en la zona. Antes de abandonar el territorio, conquistado al amparo de la noche, el denso cobertor se arrastraba por sementeros y arboledas, dejando tras de sí perlas de brillante plata capaces de irradiar cada una de ellas mil jirones luminosos, mil *flashes* cegadores, a poco que se sintieran acariciadas por los destellos solares; sin bien, en la comarca, podría darse el contrasentido de confundir a cualquier ajeno que observara el fenómeno por primera vez, ya que mientras la totalidad del valle parecía arder en cada despuntar del alba, el humo de un fuego inexistente se elevaba hacia el firmamento, vaporizado por la tibieza de la mañana. El insólito fenómeno solía repetirse simultáneamente en varios puntos de la comarca, sobre todo en el mes de julio, cuando al florecer la mañana, los fulgores luminosos del sol reverberaban reflejos boreales sobre las espigas de la cañada, imaginaciones acuosas que hacían del lugar una inmensa laguna mecida al ritmo impuesto por la brisa. Después, conforme se adentraba el día y el sol abrazaba el horizonte, aumentaban sus colores y la definición de su cromatismo, y ya, con la totalidad de su pujanza fuera de su cobijo nocturno, el sol, avasallador y lujurioso, confabulado con el

viento propio del lugar, cortejaba a la extensa sábana de los sembreros, meciendo a sus espigas como las olas del mar. Más allá, al fondo del horizonte, al otro lado del cauce del riachuelo, y extendiéndose hasta la ladera del monte, enormes cuadros de verdes viñedos contrastaban con los secadales de la solana, desembocando todas las vertientes y laderas en una especial lengua vegetal que, como zona de nadie, se extendía a lo largo de los humedales confluyentes con el aprendiz de arroyo. Allí una minúscula y enmarañada selva parecía brotar de los mismísimos infiernos, donde una selvática zona de abrojos daban cobijo a múltiples bichos, cualquiera de ellos, con la sola exposición de su presencia, capaz de poner los pelos de punta al más flemático: topos como liebres camperas, lagartos amarillentos y sibilinos aptos para destrozar la pata de una cabra de una sola dentellada, enormes culebras viperinas, engullidoras de camadas enteras de gazapos, zorros, tejones, comadreas y, según comentarios de los más viejos del lugar, hubo un tiempo en que el barranco sirvió de refugio al famoso maqui, *Jeremías el Tuerto*. Y todavía más lejos del arroyo, en la línea donde el horizonte se extinguía como la esperanza de todo aquel que se atreviese a vivir al margen del marquesado, la vista confundía las hazas de tierra por sus alternativos colores, y a los trazados que hilvanaban la rectitud de los convergentes surcos, con el infinito principio de la Naturaleza.

A temprana hora todo parecía despertar, poniéndose en movimiento los latidos de la mañana: los bohemios de los ejidos trataban de hacer más llevadera la jornada a los habitantes del marquesado, conectando la mañana con la chirimía de sus trinos, aunque los gorriones, como era habitual en su conducta, con sus monótonos y repetitivos gorjeos solían ser los más madrugadores. Los vencejos, limitados para la expresión musical, al despertar del letargo nocturno, como negros presagios del alba, se limitaban a planear y cabriolar en el aire en busca de dípteros para el desayuno. Dentro de los cobertizos, conforme los rayos de sol atravesaban los últimos resquicios nocturnos, los relinchos de las caballerías solían añadir a la partitura de la aurora notas musicales, así como los cerdos con sus gruñidos, y las gallinas con sus cacareos, hirientes y monótonos, pero teniendo claro el orden jerárquico del corral. El primero en rasgar la alborada y definir territorio era el gallo, indiscutible rey del corral. Mientras

este estuviese en posesión del cacareo las gallinas de su protectorado, por servidumbre y deferencia, callaban. Ya tendrían tiempo de pregonar sus alegrías el resto de la jornada mientras depositaban en el nidal el níveo fruto de sus entrañas. Hasta la vida parecía emerger en caminos y veredas cuando los estridentes carretones permeaban la niebla de la madrugada, dejando tras de sí el chirriar de sus ruedas al dirigirse hacia el tajo de las cañadas.

La intensidad con la que se vivían las jornadas en la comarca hacía que, media hora después de su nacimiento, cuando el sol parecía estar suspendido en el horizonte, la febril actividad en los tajos de siega fuese completa, y así, mientras que las espigas caían cercenadas por la hoja de la hoz, la bandada de gorriones y tordos remolinaba su planear a la espera de que los segadores avanzaran en el surco para llenar sus buches de grano.

La piel de Tiburcio Belmar brillaba de humedad rancia y almidonada, notándose los efluvios que desprendía en varios metros a la redonda, sobre todo cuando estiraba y encogía los brazos, segando pálidos puñados de pajas. Cada poco tiempo, en acto maquinal hartamente repetido en el día, gustaba a Tiburcio hacer alardes de alguna de sus destrezas, tanto de su pericia con la hoz como de sus conocimientos meteorológicos, con el rudimentario proceso de cortar un puñado de paja y lanzarla al aire. En los tres intentos anteriores las briznas de pajas permanecieron un instante en el aire antes de caer lentamente a sus pies.

—Nada —diagnosticó—, hoy no tiene ganas de moverse el ventilador ni una miaja, es que ni un soplido siquiera. El aire está gandulón, gandulón, pero gandulón de cojones, parece que está tomando la siesta a la sombra de la higuera, dejando que nos friamos bajo esta mierda ardiente que deja caer el sol. Joder, que te lo digo yo, que tenía que llover a bonico, miaja a miaja para que se nos refrescara hasta el hígado. Con lo bien que están otros, cobijados bajo techo y ganando billetes a espuestas... Y nosotros aquí, sacándoles las castañas del fuego y llenando la faltriguera al señorito marqués como lo hicieron nuestros padres, nuestros abuelos y tatarabuelos. Y total, ¿para qué? Para veinte cochinas pesetas que ape-

nas nos llegan para el pan de los zagales y un par de vasos de vino que echarnos al buche.

Como un niño cuando presagia la merienda, la sola mención del vino hizo que Tiburcio se pasase la lengua por los resecos labios como si ya estuviera saboreando el negro producto de la uva.

—Hombre, Tiburcio, siempre ha sido así. El que vale, vale, y el que no, a segar —contestó lacónicamente César—. No tener ni un duro tiene estos inconvenientes.

—¡Quiá! El dinero no lo es todo, algunas veces no es así. El otro día leí...

—¿Cómo dices?, ahora me entero que tú has aprendido a leer. ¡Vamos, hombre! Pero si no sabes hacer la «o» con un canuto.

—Bueno, me has entendido mal, César. He querido decir que el otro día escuché a un tío muy leído... Porque no me negarás que don Matías el boticario no está leído, ¿verdad? El tío lee la letra menuda de los medicamentos como si estuviera hablando, y si no, ponle delante de un periódico... Es que se lo bebe el tío, con lo amontonadas que tienen las letras los periódicos de los cojones —Tiburcio alzó la mano y la deslizó delante de sus ojos como si leyese un periódico sostenido en el aire.

—Eres la hostia. Qué sabrás tú de periódicos.

—¡Eh, eh! Que tan tonto no soy, ¿vale?

—No, no. Lo que se dice tonto de remate, no... —sonrió con sorna—. Eres un ceporro, lo que, para tu conformidad, siempre es un grado superior al de tonto. Pero bueno, ¿vas a terminar o no vas a terminar de decir lo que le oíste comentar a don Matías sobre el dinero?

—Pues le escuché decir unas palabricas que a mí me calaron muy dentro.

—Ya será menos.

—Que sí, hombre, que sí. Dijo el boticario que el dinero es el centro de todos los males, y yo estoy de acuerdo. También dijo que los que tienen mucho dinero todavía quieren más... Por ponerte un ejemplo: es como cuando uno cena bacalao y tiene que levantarse a beber agua, parece que cuanto más bebes más sed te da, ¡hostias! ¿A ti no te ha pasado nunca cenar bacalao y después no poder echar un *kiki* pajero por la sed que te da?

—Yo no tengo necesidad de los *kikís* pajeros, ¡animal! Para eso está mi Venancia, para hacerme los trabajos que necesito en el rabo. Pero déjate de monsergas y dime de una puta vez lo que dijo el boticario —apremió con aparente enfado.

—No te enfades, hostias. También dijo que el dinero es el veneno de la humanidad, y una tentación para la gente buena... y la agonía de los ricos, y la envidia de los pobres...

—Sí... y el perdón de los pecados... y Dios te salve María, y Padre nuestro que estás en los Cielos... —ironizó César con sarcasmo—. Joder, Tiburcio, tú a quien oíste hablar no fue al boticario, fue al cura. ¡Coño!, a don Cirilo.

—¡Quiá! Aunque... bueno, a lo mejor... Ahora mismo no me acuerdo, pero qué más da quién lo dijera, porque todo eso que te he dicho es la pura verdad. Todo el que tiene dinero es un hijo de puta condenado a churrascarse los cojones en los fuegos del Pedro Botero.

—Y una mierda para ti, otra para el boticario, otra para el cura y otra para la madre que te parió. Y basta ya de decir tonterías, que vas hacer que le tome asco al dinero... y ya ves tú lo que son las cosas, sin la jodía pasta no eres nada, en este mundo de puta mierda, no eres nada... pero nada de nada.

—¡Quiá! Eso son historias, porque si uno tiene todo lo que necesita, ¿para qué quiere más parné?

—Además de ser la hostia, cada día eres más tonto. Mira que decir que el dinero son historias... Pues a mí que nadie me cuente historias de personas que valen y que no valen ni para fregar un plato, porque hay quien no vale para segar, pero vale para otros menesteres. Sin ir más lejos, ahí tienes a la Adriana. Para segar no valdrá ni ella ni su esposo pero, joder, algo tendrá el agua cuando la bendicen, y ella está donde está porque está buena para reventar —sonrió con lascivia, recalcando con morbosidad—. Es que está buenísima, y si encima es blanda de bajos y fácil en la cama, qué más se puede pedir... ¡cojones! Pues claro que es así. Aunque la muy cuca sabe muy bien con quién se lo hace, que desde luego no es con todo el mundo. ¡Qué va! Ni mucho menos, la espabilada sabe ponerse gatuna y melosa solo con el que tiene que ponerse. Ni más, ni menos —concluyó Tiburcio con voz nasal y bronca mientras amarraba el puñado de trigo

que llevaba entre la manopla de madera y el dedo gordo de su mano izquierda.

—Hombre, buena, buena, lo que se dice buena, sí que está, para qué negarlo. Y sobre todo, teniendo en cuenta las veces que ha parido, la muy jodida mantiene la percha de los cuarenta y tantos con mucha dignidad. Vamos, que está guapetona la tía. Y no digamos las tetas que calza —se introdujo las manos bajo la sudada camisa y con los dedos gordos hacia fuera emuló unos pechos desproporcionados.

—¿Has dicho dignidad? —a Tiburcio se le rasaron los ojos de agua por la risa.

—¡Equilicúa! He dicho dignidad, pero dignidad de la buena, dignidad de cuerpo, dignidad de ubres, de castaña pilonga. Dignidad de todo eso, ¡cojones! No dignidad de respetable ama de casa. He querido decir: dignidad de carnes. Que no te enteras, compadre. Vamos, que la Adriana tiene las molas que le sobran muy bien repartidas y en su sitio, con las tetas mirando al cielo como los cuernos de su marido, y no como las de tu Guillermina, que además de un barrigón de aquí te espero, con las tetas se golpea las rodillas.

—Oye, oye, ya está bien, cojones, a mi Guillermina ni nombrarla —teatralizó un enfado que apenas pudo mantener un segundo.

—Vale, no la nombro, pero tú no eres más tonto porque no ensayas. Era un ejemplo, gilipollas. ¿Cómo va a ser tu Guillermina como la Adriana, si dicen que cuando la Adriana parió a la más pequeña el marqués dio órdenes para que mientras que estuviera dándole teta a la cría a la madre no le faltaran los tazones de caldo de gallina? Pobre criatura, seguro que cada vez que le daba hambre, por mucho que llorara, siempre llegaba tarde. Dicen que al hijo de puta del marqués le gustan los calostros calientes para merendar, y claro, siempre se adelantaba a la cría. Pero ella, la Adriana, es que de todas maneras está buenorra la tía. Está buena paría o sin parir, joder, pero buena a reventar. Parece mentira, con el culazo que tiene y apenas si le asoma una chispa la barriga, por eso yo creo que al marqués lo que realmente lo tiene enchocado no solo son las tetas. ¡Aug! ¡Que son la hostial!, o el culo... ¿Y el culo? ¡Bendito culo! Redondo y duro como el granito. Y lo más gracioso es que no abulta más de un par de almostradas, no como el de otras, que en vez de culo parece que tienen un saco de trigo.

—Y vuelta a empezar con lo mismo, es que eres la hostia, parece que la tienes tomada con mi Guillermina. Porque si está gorda, ¿qué? A ver, dime tú. ¡Cojones! Más vale tener que no desear. Yo por lo menos tengo una hembra de culo gordo, ¿y tú?

—¡Equilicuá, de culo gordo! Vaca de culo gordo, diría yo —César apostilló con malicia.

—Vale, vale; vaca, pero al fin y al cabo en invierno duermo caliente cuando nos arrejuntamos. Y en verano... ¡Jejeje! Con acostarme en el pajar y la Guillermina en la cuadra, asunto arreglado. Pero, ¿y tú? Tú si quieres calentarte en invierno o enfriarte en verano seguro que utilizas a la cabra que tienes en el corral —rio escandalosamente—. Y además, ¿qué sabes tú lo duro que tiene el culo la Adriana, eh? ¿Acaso se lo has tocado alguna vez? —al tiempo que con el dorso de la mano intentaba secarse la humedad de la frente, parpadeaba con fuerza, tratando de mitigar los alfilerazos en los ojos que le estaban produciendo los meandros de sudor.

—¡Uf! Estoy molido —resopló de cansancio y dolor, enderezando su pesada humanidad para llevarse las manos a la espalda con el vano propósito de masajearse, ya que en realidad solo consiguió que la mojada camisa se le pegase a los riñones más de lo que ya estaba—. La Adriana será lo que sea, pero ahí tienes a su marido, al viejo venado no le cabrá más calcio en la cabeza —se palpó la frente, dando a entender que se tocaba los cuernos—, pero al menos los pitones le han servido para vivir sin dar golpe, vamos, sin dar un puto palo al agua ni él ni toda su prole, y además, el tío cornudo se permite el lujo de ir de caza con el marqués y que su tropa conviva como uña y carne con los hijos de don Carlos, mientras que nosotros nos quebramos el espinazo segando y quitándonos la poca salud que nos queda en esta puta cañada, bajo el fuego de este puto sol, y sin que se mueva ni una puta hoja con el puto aire. ¡La madre que nos parió! Y encima tenemos los santos cojones de criticar al cornudo. Para matarnos. Es que es para matarnos.

—Hombre, hablando de Roma, mírale, por allí viene. Aquella nube de polvo que se ve paralela a la falda del monte, me juego los huevos a que es él y su puto cabriolé. Y mientras tanto su mujer... ¡Jejeje! Seguro que ahora mismo está garbillando trigo en la cama con el marqués —dándole

más jocosidad a su comentario, Tiburcio contoneó un par de veces la cintura, realizando circunferencias en el aire con el trasero.

—¡Quiá! Ya será menos, me parece a mí que tampoco el marqués va a estar todo el día encima de la yegua dándole con la birlocha, porque además de Adriana tiene a la otra, a la oficial, a la señora marquesa, que tampoco es moco de pavo. Anda que, según cuentan, menuda calientapollas es... ¡La hostia con la tía!, se pasa por la entrepierna a todo bicho viviente que tenga nabo. Con decirte que... eso sí, según dicen, que quede claro, ¿eh?, pues según dicen se ha fumado hasta al hijo de la Marcela.

—¿A quién? ¿Al tonto Pacorro? ¡No jodas! Pues entonces se ha arreglado la señora marquesa, porque dicen que el tonto tiene una picha como la pata de una mesa. Así mismo —elevó el puño en el aire, basculándolo hacia los lados como el badajo de una campana—. Aunque la verdad es que no me extraña, porque la marquesa anda por ahí meneando el culo como una puta, y sobre todo cuando los jornaleros pueden verla. Es posible que todo esto tenga una explicación y que la señora marquesa se lo haga con todo el que pilla por venganza, para devolverle los cuernos a su marido, y así todo el mundo adornado de pitones. La hosti, la hosti, la hosti, que puta vida esta —después del aforismo puso cara de alelamiento, asintiendo con la cabeza a su propia pregunta.

—¡Quiá! La tía folla porque le gusta follar y porque ya no va estando para muchos trotes, pero cuando tenía unos pocos años menos, dicen que era ninfómana, o algo así.

—¿Ninfo... qué? —interrogó de palabra y gestos César el Mandriles.

—Ninfómana, jodido tonto. Comprenderás que los que hemos leído algo hablamos para entendidos, pero para que nos entendamos todo el mundo, incluso tú, es una folladora de aquí te espero. En fin, tal para cual, pero como son marqueses, ahí los tienes, todos los pecados que quieran, que para eso está don Cirilo, para quitárselos y prepararles el camino de allá arriba —miró al cielo azul, libre de cualquier vestigio de nubes—. Así que ella... jejeje, ciruelos a su cuerpo para parar un barco... Jejeje...y él, venga conejicos tiernos... y no tan tiernos, como el de la Adriana, pero al fin y al cabo, conejos a capazos. Y eso que don Carlos tampoco va estando para muchos trotes. ¡Vamos, digo yo! Aunque el pensamiento le pida estar siempre picando espuelas en las ijadas de la jaca, seguro que como

no tome algo para la tristeza del pito, no puede pitar. Aunque mirándola bien, enseguida te das cuenta de que la Adriana está para empinársela hasta a un difunto. La tía está para comérsela en adobo, sí señor. Para comérsela aunque sea cruda. Yo es que no sé qué le hacía, pero seguro que aunque estuviera más cansado que una mona, me la trincaba un puñado de veces. Cago en la hostia. Por estas, que me la trincaba —Tiburcio besó la cruz que había hecho al cruzar el pulgar sobre el índice.

—No seas lelo, César, tú no le hacías nada sencillamente porque ella se lo monta con quien tiene que montárselo. ¡Vamos! Que lo tiene claro. Ella a lo suyo, dos meneos de culo a la semana al marqués y ya lo tiene destrozado, porque, ¡ya me dirás!, el señorico, como te he dicho antes, tampoco está para muchas panzadas de coño, por mucho polvo blanco que tome por la nariz. Polvo de ese que, según dicen los entendidos, aunque tengas el pito desnucado, que no levante cabeza, te lo pone como un cirio. Vamos, que el polvico de los cojones se lo levanta a un muerto. Aunque el marqués está para lo que está, para que se lo hagan sin trabajo alguno, sin desgastarse demasiado, y ella, que es muy cuca, lo sabe. Pero también lo sabe el marqués, y seguro que se pone tal que así, y que trabaje los motores —después de berrear, Tiburcio enderezó el cuerpo, se puso las manos detrás del cuello, hoz incluida y, acunando la cabeza, sacó la barriga hacia delante.

—Es que no puedo remediarlo, joder, pero me pongo cachondo perdido cada vez que la veo. Por todas partes parece que la tía rezuma sustancia de hembra. La madre que la parió, qué hechura tiene la tía, solo con mirarla me pongo a cien por hora, y sobre todo después de lo que contó la tía Raimunda delante de la gente que estábamos desper follando panizo. La madre que la parió —volvió a repetir jocosamente—, es que me entra repelús cada vez que me acuerdo... ¡Buf! ¿Qué dirás que estaban haciendo el par de viciosos?, según dijo la tía Raimunda, ¿vale?

—Cuenta, ¡coño! , cuéntamelo de una puta vez y no me dejes con la miel en los morros —Tiburcio se pasó la lengua por los resecos labios, sujetándose la hoz con las rodillas con intención de liberar las manos para masajearse los riñones.

—Pues ya te digo. Contó la tía Raimunda, bueno, conste que lo contó porque todos los que estábamos desper follando panizo éramos de su

confianza, porque si no, la Raimunda no suelta prenda. Menuda es para sus cosas... —carraspeó antes de proseguir—. Contó, ya te digo, una historia de las que te ponen más cachondo que la música de los caballitos, porque el relato iba con tan mala hostia que llevaba todo lujo de detalles. ¡Ya me entiendes!

—Pues no. ¿Qué quieres que te diga? Pero así, al pronto, pues no te entiendo. Como no te expliques mejor, es que no me entero —al tiempo que exigía claridad de detalles, Cesar se metía el pulgar bajo el sombrero, rascándose la superficie del cráneo como queriendo acabar de golpe con su fauna local.

—¡Joder! Algunas veces pareces tonto, la hostia, con todo lujo de detalles es con todo lujo de detalles. A ver si me explico, porque hablar contigo es hablar con un crío de pañales. Dijo la tía Raimunda, ¿te vas enterando?

—Sí, hasta ahí sí —asintió mansamente.

—Dijo que cierta vez... ¡vamos! cierta vez de este mismo año, o sea, que no hace tanto, ¿estamos?, pues dijo que pasaba junto a los graneros y escuchó como si estuvieran sorbiendo caracoles, por las risas y sorbetones que se oían. Ya sabes: ¡Osh!, jijijiji... Jajajaja... Ay, que me da... Y todo eso —Tiburcio alzó las cejas y distendió las aletas de la nariz, interrogando con los gestos si ya le iban quedando más claras sus explicaciones.

César apretó los labios y encogió los hombros, arqueando su boca hacia abajo antes de contestar.

—Pues no creas, pero en fin, vamos, más o menos va quedando algo más claro, pero sigue, ¡coño!, sigue y no le des tanta coba a la cuestión, que me tienes en ascuas.

—Vale, joder, continúo. Al escuchar estos ruidos la tía Raimunda, que poco antes había visto corretear a sus nietos, Antoñito y Miguelín, pensó que los críos se habían colado en los graneros y estarían haciendo alguna travesura en las atrojes del grano, así que, sin pensarlo dos veces, empujó la puerta y... lo que ella se temía, la puerta se abrió sin esfuerzo. Dispuesta a darle a los críos dos azotes en el culo, se quitó la zapatilla y entró en busca de sus nietos, y... —expulsó aires libidinosos, tragando saliva como si le costase trabajo continuar con las explicaciones.

—¡Hostias! Sigue... ¿Qué pasó? —Tiburcio estalló de impaciencia, el acuífero de su frente aumentó de caudal y el furtivo rayo de sol, que se colaba por el roto del ala del sombrero, arrancó destellos de lujuria al hilillo de babas que se le escapaba por la comisura de los labios—. Me cago en la hostia, sigue.

—Espera un poco que me refresque el gaznate, es que si no, no me salen las palabras.

Del escaso metro de sombra que proyectaban los dos haces de trigo sobre el rastrojo, Tibur sacó la bota del vino y la alzó con parsimonia sobre su cabeza, susurrando:

—La madre que me parió, ¡oju! ¡Cómo bebía la tía del pitorro!

Solo cuando la bota le sobrepasó la cabeza y comenzó a brotar el líquido granate, César inclinó la cabeza hacia atrás para encaminar el chorro de vino a su boca. Al sentir sobre sus retinas las dagas luminosas del sol, a esas horas de la mañana verticales, se vio obligado a cerrar los ojos. El primer chorro terminó su trayectoria sobre la frente, mezclándose con el salobre sudor. Todavía con los ojos cerrados fue moviendo la bota de un lado a otro hasta que el chapoteo cambió de sonido al penetrar el chorro directamente al esófago sin apenas tocar las paredes bucales. Cuando el líquido sobrante se le acumuló en la boca, cubriéndole la lengua y las encías, comenzó a funcionarle la glotis. Un par de bocanadas más fueron suficientes para poner a punto las cuerdas bucales y continuar con la morbosa conversación.

—Ahora ya puedes seguir, Tibur —dijo, chasqueando la lengua contra el paladar, dejando que el vino se le fuese acomodando en las venas azules del cuello, resaltando todavía más su habitual color añil.

Siempre le pasaba lo mismo, después de cada trago su cara trasmutaba como la de un camaleón, pasando del rojo chillón a un pálido cadavérico que en cuestión de segundos le llenaba los ojos de un celaje acuoso que le dificultaba la visión, y lo poco que captaba parecía repetirse por duplicado. Todavía se hallaba rebañando el vino de las paredes bucales cuando el chasquido de su lengua quedó interrumpido por la interrupción de un eructo, ronco y pestilente, que parecía nacerle en las mismísimas entrañas.

—Es la brea, hug, creo que la boquilla de la bota está atascada de esa mierda de brea, y por eso mismo en vez de vino me entra aire —se justi-

ficó por el largo tiempo en que el chorro del vino retumbó en su boca. Después, naciéndole en el interior de su estómago, nuevamente estalló el volcán—. ¡Huag!

—¡Guarro! Rebuzzna para otro lado, casi me lo hechas en todo el morro.

—Perdona Cesar, ha sido sin querer, pero es que la hernia de hiato me produce que el reflujo me salga por el gaznate y...

—Sí, sí, y tu puta madre. Más vale que dejes la bota a la sombra y continúes segando, porque mira dónde nos han dejado esos pelotas, mientras nosotros estábamos de casca, ellos a destajo. Joder, es que van a todo pijo. Ya nos han sacado por lo menos veinticinco pasos, y ya sabes la opinión que tiene el mayoral sobre el último que llega a los linderos del bancal.

—Que le den por el culo al jodido cuerna, y a ti también, ¡hostias! Tú sigue contando lo que vio la tía Raimunda en los graneros y si no, no haber empezado, que entre lo poco que has dicho y lo mucho que me imagino, me has puesto más caliente que el rabo de un cazo.

—Está bien, voy a seguir —aunque le salió poco menos que un principio de berrea, carraspeó con intención de aclararse la voz—. Cuando la tía Raimunda entró al granero, lo primero que vio fue al señor marqués de espaldas, desnudo y arrodillado encima de un montón de trigo, y frente a él la Adriana, eso dice la tía Raimunda, aunque no se le veía la cara. La mujer estaba enterrada de trigo hasta el cuello y... —Tiburcio hizo una calculada pausa, mirando a un lado y a otro, pensando en los efectos libidinosos que tendría sobre su compañero de trabajo.

—¿Y qué más? ¡Cojones! Suéltalo ya, al final vas a conseguir que me revienten los huevos —Cesar alzó tanto la voz que el resto de segadores cambiaron de postura, del inclinado ataque al sementero pasaron a quedar derechos como velas, en perfecta formación militar, con la hoz bajo el brazo intentando averiguar el origen del grito. Cuando descubrieron su procedencia, con el mismo automatismo con el que se habían enderezado, volvieron a doblar la cintura para continuar segando matas de trigo a ras del suelo.

—El marqués culeaba como un perro, así —movió el trasero de atrás adelante repetidas veces—. Una, y otra, y otra, y otra vez, dándole gusto a su cuerpo.

—Vale, vale, eso ya lo he entendido pero, ¿y ella qué? ¿Qué hacía ella?
—Joder, cada vez tienes la sesera más atrofiada, sí él estaba desnudo y arrodillado frente a ella con la artillería en ristre, la Adriana demasiado hacía con defenderse del fuego enemigo.

—¿Cómo? —balbuceó César.

—Pues bebiendo del pitorro, como tú has hecho con la bota. ¡Atontado! Que no cazas una.

—Será la tía mamona, y luego se las da de estirada y estrecha. Para que veas lo que es la vida y las cosas del joder. Por vivir como una reina, se arrastra como una putona de la calle Huertas.

—Sí, sí, tú dirás lo que quieras, y la Adriana será lo que será, pero con solo el cornijal de su entropierna los tiene a todos colocados. Sin ir más lejos, aquel que en estos momentos se está bajando del cabriole es el cuerna de su marido que, como bien sabes, además de contrayente marital, es el mayoral del marquesado. Que también lo sabes. Y la hija mayor de la Adriana a sus catorce años, más o menos, que, por cierto, también va para tía buena, tiene los estudios casi acabados. Y todo a cuenta del marqués. Y de la Adriana para qué hablar, de puta ama de llaves, y eso es un decir, porque en realidad es la jefa del cortijo. Además, a todo eso hay que sumarles a los otros familiares. Anastasia y su sobrina Guillermina, sobrina y tía de la Adriana, una de jefa de cocina y la otra de doncella de la señora marquesa. El zagal de su cuñada, el del medio, en un colegio de monjas Carmelitas de la capital. Al hijo menor de su tía, después de nacer sietemesino y casi tísico, por mediación de la Adriana, posiblemente conseguido con un par de revolcones de propina al señor marqués, lo llevaron a la capital para que lo vieran los mejores médicos, y ahí lo tienes. Dicen los que lo han visto hace poco, que el jodido crío tiene ahora más salud que toda nuestra familia junta y, para más joderse, todos ellos descansan sus huesos en habitaciones individuales, habitaciones enlucidas de yeso, con colchones de lana merina. Y tu familia y la mía, ¿qué? ¿Dónde descansan? No te obligues, yo te contesto. Los nuestros, si quieren dejarse caer a descansar, lo tienen que hacer en las jodidas casas de adobes que tenemos algunos, con las paredes a medio revocar de yeso y con los ripios asomando por si queremos rascarnos como los carneros. Y eso dando gracias a que ahora todo el mundo tiene casa, pero hasta

hace bien poco tú mismo dormías en una barraca con las paredes de cañas, eso sí, abrigadas de barro. Acuérdate, jodido ceporro, acuérdate de los constipados perrunos que agarrabas con las corrientes de aire que se formaban dentro. Aunque hoy las jodidas casas que algunos tenemos todavía estén a la púa, o sea, sin pagar, como la mía. Pero es que, además de eso, muchos de nosotros seguimos durmiendo en colchones de borra, con burujones como puños, o en jergones de perfollos de panizo... Suerte tengo la noche que junto a los riñones no se me sitúa algún tronco de panocha y al día siguiente me levanto más torcido que Paco el Chepa. ¿Y como ajuar? ¿Qué tenemos como ajuar? Pues eso, nada, cuatro trastos con más robín que un cepo. Y sin agua corriente en la casa para lavarte. Esa es la diferencia entre esa jodía familia y las nuestras —sentenció.

—Será en tu familia, Tibur, porque a mí me queda bien poco que vivir así. Como todo salga bien, te juro por mis muertos que el año que viene siegas tú con los cojones, ya que a mis santos huevos les quedan bien poco de ser unos don nadie —César dejó vagar en el aire sus últimas palabras, aunque de inmediato pareció arrepentirse.

—¡Coño, César! ¿Se puede saber a qué lotería piensas echar para que te toque el gordo y dejes de machacarte la bisagra en la cañada?

—Eso no es cosa tuya. Pero como todo salga bien, san se acabó. Que trabaje Rita la Cantaora. Ya voy estando hasta los cojones de acostarme con agujetas y levantarme con más agujetas todavía. Y total, ¿para qué? Pues para nada.... —sentenció, sacudiéndose el pie derecho para que salieran las granzas del rastrojo acumulado entre la planta del pie y la suela de las esparteñas. Al observar que una brizna de espiga había quedado enganchada entre el esparto del cordaje, se agachó para retirarla con los dedos.

—Joder. Cago en la hostia, las compré al principio de la siega y sin haber cobrado un duro todavía, y ya están para encargarle otras a Cástulo el pastor.

—Si te gastaras algo más y llevaras abarcas como todo el mundo, verías como no te pasaba eso. Jodido ruin.

—¿Y tú qué cojones sabes? Aunque uno no tenga un duro, tiene encarnadura de rico, y las abarcas me cuecen los pies, además de que al soltarse las lañas que sujetan la talonera, las jodías lañas me rasguñan

los tobillos y veo luces y estrellas por todos lados. ¡Y para que te enteres de una puta vez!, como te he dicho antes, como todo me salga bien, ni esparteñas, ni abarcas, ni leches. Zapatos de tafilete como la gente con parné. Así, con un par...

—No me digas que para salir de apuros te vas a meter a maricón o a tu mujer de puta —rio su propia gracia—. Porque como no sea así, ya me contarás. Claro que, por otro lado, si metes a tu parienta de puta lo más seguro es que arruines el oficio por falta de clientes —nuevo estallido de risa.

—Muy gracioso hombre, muy gracioso, pero no es eso lo que va a pasar, ni mucho menos es eso, aunque si hiciera falta que la parienta hiciera algún trabajillo que otro, ¿qué? ¡Cojones! Y lo digo sin tapujos. Que estoy muy harto y muy zurrado de tanto trabajar. Por contrario, mira a toda la tropa de la Adriana, como ya te he dicho antes, la Adriana será muy puta, pero en su casa todos viven como curas. ¡Qué digo como curas!, mejor todavía, ¡como obispos! Que son los que más mandan en España. Claro está, después del Caudillo. En la casa de la Adriana viven casi tan bien como en la de los señores marqueses, mientras tú y yo nos dejamos la vida y los riñones en la siega, ¡joder!, que hay que ver cómo me duelen. Y es que cuando van llegando estas horas me entran agujetas hasta en los cojones —de nuevo César se pasó la mano por los riñones con gestos de dolor—. Y además, agradecidos por estar trabajando. Así que, dime tú, ¿a quién no le gustaría tener a una mujer una miaja puta, pero que te sacara de estos rastrojos del demonio?

—Desde luego, César, bien pensado, quizá hasta lleves razón. Si no fuera por lo que es, y porque un servidor es un tío de un par de cojones y no le gusta compartir nada con nadie, y menos aún a la parienta, la verdad es que llevas toda la razón del mundo.

—Pues claro que llevo razón —masculló César entrecortadamente, pasándose la lengua por las deshuesadas encías y la mano libre de la hoz por la oreja desportillada.

Por los alrededores del marquesado a César también se le conocía como el Media Oreja. Fruto de la reyerta que mantuvo con Ruperto el Lombrices. Lo que empezó como una simple discusión de taberna, por el quitame de ahí ese vaso que me estorba, terminó a puñetazo limpio y,

como era el caso de César, con la pérdida de una buena parte del cartílago de la oreja. César siempre había sostenido que el Lombrices se la quitó de un mordisco, ignorando a dónde había ido a parar el trozo de oreja.